

mos se viéron ántes y despues en diversas calamidades y miserias : porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo , atado á una coluna de un patio , y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice , que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debaxo de los pies en un cierto castillo , y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos , y allí le echáron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo , y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero : así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente , que mayores afrentas son las que estos pasáron que no las que ahora nosotros pasamos : porque quiero hacerte sabidor , Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos , y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas : que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo , no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto , porque no pienses que puesto que quedámos desta pendencia molidos , quedámos afrentados , porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacáron no eran otras que sus estacas , y ninguno dellos , á lo que se me acuerda , tenia estoque , espada ni puñal. No me diéron á mí lugar , respondió Sancho , á que mirase en tanto , porque apénas puse mano á mi tizona , quando

me santiguáron los hombros con sus pinos , de manera que me quitáron la vista de los ojos y la fuerza de los pies , dando conmigo adonde ahora yago , y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos , como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber , hermano Panza , replicó Don Quixote , que no hay memoria á quien el tiempo no acabe , ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues que mayor desdicha puede ser , replicó Panza , que aquella que aguarda al tiempo que la consuma , y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan , aun no tan malo ; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déxate deso , y saca fuerzas de flaqueza , Sancho , respondió Don Quixote , que así haré yo , y veamos como está Rocinante , que á lo que me parece , no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso , respondió Sancho , siendo él tambien caballero andante: de lo que yo me maravillo es , de que mi jumento haya quedado libre y sin costas , donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas , dixo Don Quixote , dígolo , porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante , llevándome á mí desde aquí á algun castillo , donde sea curado de mis heridas. Y mas , que no tendré á deshonra la tal caballería , porque me acuerdo haber leído , que aquel buen viejo Sileno , ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa , quando entró en

la ciudad de las cien puertas , iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero , como vuestra merced dice , respondió Sancho ; pero hay grande diferencia del ir caballero , al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondió Don Quixote : las feridas que se reciben en las batallas , ántes dan honra que la quitan : así que , Panza amigo , no me repliques mas , sino como ya te he dicho , levántate lo mejor que pudieres , y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento , y vamos de aquí ántes que la noche venga , y nos saltée en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced , dixo Panza , que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año , y que lo tienen á mucha ventura. Eso es , dixo Don Quixote , quando no pueden mas , ó quando están enamorados : y es tan verdad esto , que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra , y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora , y uno destos fué Amadis quando llamándose Beltenebros se alojó en la peña Pobre , ni sé si ocho años , ó ocho meses , que no estoy muy bien en la cuenta : basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor que le hizo la señora Oriana : pero dexemos ya esto , Sancho , y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo , dixo Sancho , y despidiendo treinta ayes , y sesenta suspiros , y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traído , se levantó quedándose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco , sin poder acabar de enderezarse : y con todo este trabajo aparejó su

asno , que tambien habia andado algo³⁷ destraido con la demasiada libertad de aquel dia : levantó luego á Rocinante , el qual si tuviera lengua con que quexarse , á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion , Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno , y puso de reata á Rocinante , y llevando al asno del cabestro , se encaminó poco mas á ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua , quando le deparó el camino , en el qual descubrió una venta que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta , y su amo que no, sino castillo , y tanto duró la porfía que tuviéron lugar sin acabarla de llegar á ella , en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero , que vió á Don Quixote atravesado en el asno , preguntó á Sancho que mal traia. Sancho le respondió que no era nada , sino que habia dado una caída de una peña abaxo , y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una , no de la condicion que suelen tener las de semejante trato , porque naturalmente era caritativa , y se dolia de las calamidades de sus próximos : y así acudió luego á curar á Don Quixote , y hizo que una hija suya doncella , muchacha y de muy buen parecer , la ayudase á curar á su huésped.

Servia en la venta asimesmo una moza asturiana , ancha de cara , llana de cogote , de nariz roma , del un ojo tuerta , y del otro no muy sana : verdad es , que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas : no tenia siete palmos de los pies á la cabeza , y las espaldas , que algun tanto le cargaban , la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera . Esta gentil moza pues ayudó á la doncella , y las dos hiciéron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifestos indicios que habia servido de pajar muchos años , en el qual tambien alojaba un arriero , que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote , y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos , hacia mucha ventaja á la de Don Quixote , que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos , y un colchon que en lo sutil parecia colcha , lleno de bodoques , que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas , al tiento en la dureza semejaban de guijarro , y dos sábanas hechas de cuero de adarga , y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar , no se perdiera uno solo de la cuenta . En esta maldita cama se acostó Don Quixote : y luego la ventera y su hija le emplastáron de arriba abaxo alumbrándoles Maritornes , que así se llamaba la asturiana : y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote , dixo que aquello mas parecian golpes que caida . No fuéron golpes , dixo Sancho , sino que la peña tenia muchos picos y tropezones , y que cada uno habia hecho su cardenal , y tambien , le dixo , haga vuestra merced , señora , de manera que queden algunas estopas , que no faltará quien las haya menester , que tambien me duelen á

mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá³⁸ ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza. Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado, y Emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menestero-sa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de Reynos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don

Quixote sana de esta herida ó caída , y yo no quedo con-
trecho della , no trocaria mis esperanzas con el mejor título
de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy
atento Don Quixote , y sentándose en el lecho como
pudo , tomando de la mano á la ventera le dixo : creed-
me , hermosa señora , que os podeis llamar venturosa por
haber alojado en este vuestro castillo á mi persona , que
es tal que si yo no la alabo , es por lo que suele decirse,
que la alabanza propia envilece , pero mi escudero os
dirá quien soy : solo os digo , que tendré eternamente
escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho
para agradecéroslo mientras la vida me durare : y plu-
guiera á los altos cielos , que el amor no me tuviera tan
rendido y tan sujeto á sus leyes , y los ojos de aquella
hermosa ingrata que digo entre mis dientes , que los des-
ta hermosa doncella fueran señores de mi libertad. Con-
fusas estaban la ventera , y su hija , y la buena de Mari-
tornes , oyendo las razones del andante caballero , que
así las entendian como si hablara en griego : aunque
bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimien-
to y requiebros : y como no usadas á semejante lengua-
ge mirábanle , y admirábanse , y parecíales otro hom-
bre de los que se usaban , y agradeciéndole con venteri-
les razones sus ofrecimientos , le dexaron , y la asturia-
na Maritornes curó á Sancho que no ménos lo habia me-
nester que su amo. Habia el arriero concertado con ella,
que aquella noche se refocilarian juntos , y ella le habia
dado su palabra de que en estando sosegados los hués-
pedes , y durmiendo sus amos , le iria á buscar , y sa-
tisfacerle el gusto en quanto le mandase. Y cuéntase des-
ta buena moza , que jamas dió semejantes palabras que

no las cumpliese , aunque las diese en un monte y sin testigo alguno , porque presumia muy de hidalga , y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta : porque decia ella , que desgracias y malos sucesos la habian traído á aquel estado. El duro , estrecho , apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo : y luego junto á él hizo el suyo Sancho , que solo contenia una estera de enea , y una manta que ántes mostraba ser de angeo tundido que de lana : sucedia á estos dos lechos el del arriero , fabricado , como se ha dicho , de las enxalmas , y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia , aunque eran doce , lucios , muy gordos y famosos , porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo , segun lo dice el autor desta historia , que deste arriero hace particular mencion , porque le conocia muy bien , y aun quieren decir que era algo pariente suyo : fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso , y muy puntual en todas cosas , y échase bien de ver , pues las que quedan referidas , con ser tan mínimas y tan rateras , no las quiso pasar en silencio : de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente , que apénas nos llegan á los labios , dexándose en el tintero , ya por descuido , por malicia , ó ignorancia , lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante* , de *Ricamonte* , y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas* ; y con que puntualidad lo describen todo ! Digo pues , que despues de haber visitado el arriero á su recua , y dádole el segundo pienso , se tendió en sus enxalmas , y se dió á esperar á

su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo á la imaginación una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se había enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendría á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reyna Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con táticos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero: pero apenas llegó á la puerta, quando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus

costillas , tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana , que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido : topó con los brazos de Don Quixote , el qual la asió fuertemente de una muñeca , y tirándola hácia sí , sin que ella osase hablar palabra , la hizo sentar sobre la cama : tentóle luego la camisa , y aunque ella era de arpillera , á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidro , pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales : los cabellos , que en alguna manera tiraban á crines , él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia , cuyo resplandor al del mismo sol escurecia , y el aliento , que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada , á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático , y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leído en sus libros de la otra Princesa , que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos , y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo , que el tacto , ni el aliento , ni otras cosas que traia en sí la buena doncella no le desengañaban , las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero ; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura : y teniéndola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzó á decir : quisiera hallarme en términos , hermosa y alta señora , de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes fecho ; pero ha querido la fortuna , que no se cansa de perseguir á los buenos , ponerme en este lecho donde yago tan molido y quebrantado , que aunque de

mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra , fuera imposible : y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor , que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso , única señora de mis mas escondidos pensamientos , que si esto no hubiera de por medio , no fuera yo tan sandio caballero , que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote , y sin entender , ni estar atenta á las razones que le decia , procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero , á quien tenian despierto sus malos deseos , desde el punto que entró su coyma por la puerta , la sintió , estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia , y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro , se fué llegando mas al lecho de Don Quixote , y estúvose quedo hasta ver en que paraban aquellas razones , que él no podia entender ; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse , y Don Quixote trabajaba por tenerla , pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto , y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero , que le bañó toda la boca en sangre , y no contento con esto se le subió encima de las costillas , y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho , que era un poco endeble y de no firmes fundamentos , no pudiendo sufrir la añadidura del arriero , dió consigo en el suelo , á cuyo gran ruido despertó el ventero , y luego imaginó que debian de ser pependencias de Maritornes , porque habiéndola llamado á voces no respondia : con esta sospecha se levantó , y encendiendo un

candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritornes, la qual sentida del dolor echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzáron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbré del candil del ventero qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo, y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedáron ascuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dexaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asi-